

ETERNAS

HISTORIAS
DE GRANDES
REINAS DE
TODOS LOS
TIEMPOS

LUNWERG
EDITORES

MARÍA REIG
ILUSTRACIONES DE ELISA ANCORI

A la venta desde el 3 de septiembre de 2025

ETERNAS

MARÍA REIG

ILUSTRACIONES DE
ELISA ANCORI

HISTORIAS DE GRANDES REINAS DE TODOS LOS TIEMPOS

Un sentido homenaje a las grandes reinas de la Historia de parte de la exitosa novelista María Reig

En su primer libro de no ficción, la autora de novela histórica María Reig pone voz a nueve mujeres que cambiaron el rumbo del mundo. De Cleopatra a Sissi, pasando por Isabel la Católica, Catalina la Grande o María Antonieta, *Eternas* nos invita a mirar de frente a las soberanas que desafiaron su tiempo y forjaron su propio destino.

Con una prosa evocadora y un enfoque contemporáneo, María Reig reconstruye desde dentro las vidas de estas figuras legendarias. Cada capítulo revive, en primera persona, un instante revelador de sus biografías: una decisión crucial, una encrucijada, un gesto de poder o de vulnerabilidad. Así, la Historia cobra cuerpo y voz en estas mujeres que fueron mucho más que sus coronas.

Acompañado por los deslumbrantes retratos de Elisa Ancori, *Eternas* es un homenaje literario y visual a unas monarcas que dejaron huella. Una obra pensada para lectores que buscan en la Historia algo más que datos: una forma de entender el presente a través de quienes, contra todo pronóstico, conquistaron su lugar en él.

ÍNDICE



PRÓLOGO

CLEOPATRA

JULIA DOMNA

TEODORA

LEONOR DE AQUITANIA

ISABEL LA CATÓLICA

CRISTINA DE SUECIA

CATALINA LA GRANDE

MARÍA ANTONIETA

SISI

BIBLIOGRAFÍA





PRÓLOGO

“A lo largo de la historia de lo que hoy conocemos como Occidente han existido mujeres que han dejado una huella imborrable. Aunque la mayoría de las vidas se nos escapan en la amnesia que deja la falta de documentación, la recuperación de figuras femeninas que han ostentado lugares de privilegio y, por ende, han sobrevivido al olvido, es una manera de completar un relato que lleva siglos escrito a medias. Este proyecto es un intento de rescatar a nueve mujeres de las garras de la condescendencia o infantilización y de la propaganda misógina que suele poner excesivo celo en su vida sexual. Para lograrlo, he utilizado fuentes académicas de historiadores avalados en su especialidad, trabajos actualizados que buscan revisar con rigor estas figuras para darles el lugar que merecen (ni más ni menos).

Estas nueve reinas existieron en el universo que ha ido nutriendo la historia europea. Desde Cleopatra, última reina helenística, el último coletazo de la aclamada cultura griega, hasta Sisi, cuya vida tiene ecos que llegan hasta la Primera Guerra Mundial. Cada una de estas reinas nos permite conocer, aunque sea de forma breve y siempre desde el punto de vista de las élites a las que pertenecieron, la realidad de cada una de las épocas. Viajamos así por ese Mediterráneo a punto de ser integrado en el inconmensurable Imperio romano, somos testigos de su esplendor y declive; atravesamos tiempos de cruzadas y vasallaje, con las primeras catedrales góticas alzándose al cielo; continuamos hacia la época del humanismo y los descubrimientos, alcanzamos tiempos de pugna religiosa, de reforma, del ocaso de la monarquía hispánica en favor de Francia; nos codeamos con la Ilustración en la lejana Rusia, en los últimos compases de una Europa a

punto de cambiar; saboreamos las mieles y sentimos los horrores de la Revolución francesa para terminar en un siglo xix tan lleno de cambios que Europa dejó de reconocerse a sí misma.

Y en todos y cada uno de estos episodios, nuestras protagonistas aparecen inmortalizadas por el talento de Elisa Ancori, para que podamos imaginar que las miramos a los ojos, mientras su historia se abre con un breve ejercicio de ficción, para que tratemos de empatizar con ellas en unos momentos que las marcaron. Todas ellas son mujeres que no pretenden presentarse aquí de un modo omnipotente ni omnipresente, pues exagerar su poder o influencia también sería invisibilizarlas.

Son figuras llenas de luces y sombras, aciertos y tropiezos. Y justo en eso reside su interés histórico: en que, siendo humanas, inmersas en tiempos y lugares de hombres, condicionadas por un relato plagado de desinformación y prejuicios, han logrado trascender y ser ETERNAS.”



CLEOPATRA

(69-30 a.C.)



Cleopatra nació a principios del 69 a.C. Su padre, Ptolomeo XII Auletes, había subido al trono una década antes. Aunque su reinado fue relativamente tranquilo, se vio lastrado por la inestabilidad económica y la falta de legitimidad. Nada se sabe de la madre de Cleopatra, pero parece seguro que no era la esposa legítima del rey, sino una mujer egipcia desconocida. Tampoco se conocen detalles de la infancia de Cleopatra, aunque, a juzgar por sus aptitudes adultas, es probable que recibiera una educación completa en filosofía, retórica, oratoria y medicina. Además de griego, dominaba egipcio, etíope, troglodita, arameo y otras lenguas, y tenía conocimientos de navegación, historia familiar, política griega y romana.

Tras la muerte de su padre, Cleopatra heredó el trono junto a su hermano Ptolomeo XIII. Las disputas internas derivaron en guerra. Su encuentro con Julio César cambió el rumbo: se presentó ante él oculta en un saco, logrando su apoyo militar. César impuso su autoridad y la restituyó como reina. Tuvieron un hijo, Cesarión. Tras el asesinato de César, Cleopatra tejió una nueva alianza, esta vez con Marco Antonio, a quien conoció en Tarso tras negarse inicialmente a reunirse con él. La reina se presentó vestida como Isis en un desfile lujoso, como era costumbre en la monarquía helenística. Se consolidó una unión política y amorosa que provocó recelos en Roma.

El episodio más controvertido de su alianza fue el de las “Donaciones de Alejandría” (34 a. C.), en el que Cleopatra fue proclamada “reina de reyes”, y sus hijos recibieron títulos sobre territorios que aún no se controlaban. Octavio utilizó esto para lanzar una campaña propagandística que retrataba a Cleopatra como amenaza oriental. En 31 a. C., la batalla de Accio fue definitiva. Cleopatra comandaba una flota de sesenta barcos. Durante la batalla, desoyó las órdenes de Marco Antonio y huyó, llevándose con ella. Este acto desencadenó desertiones masivas.

En Alejandría, Cleopatra intentó negociar con Octavio. Al no conseguirlo, se refugió en su tumba y envió un mensaje a Marco Antonio anunciando su muerte. Él, creyéndola muerta, se suicidó. Cuando Cleopatra fue capturada y llevada ante Octavio, intentó sin éxito asegurar la independencia de Egipto. Enterada de que planeaban llevarla a Roma para desfilarse como trofeo de guerra, decidió quitarse la vida. Las fuentes apuntan al veneno o la mordedura de una serpiente.

Con su muerte, el Egipto de los faraones dejó de existir y se convirtió en una provincia romana. Cleopatra fue la última gran soberana helenística. A lo largo del tiempo, ha sido retratada como seductora, estratega, madre y gobernante, y ha perdurado como símbolo del poder femenino y la resistencia frente a Roma.



JULIA DOMNA

(c.170/174-217 d.C.)

Julia Domna nació entre 170 y 174 en Emesa (Siria). Su padre era sacerdote del dios solar El-Gabal, y su nombre, Domna, significa “la negra”, un color con connotaciones sagradas. Contrajo matrimonio con Septimio Severo, un militar originario del norte de África que sería proclamado emperador en el año 193. La pareja tuvo dos hijos: Caracalla y Geta. Desde el inicio, Julia participó activamente en la vida pública del imperio. Se le otorgó el título de **Augusta**, y fue muy popular por su imagen de mujer culta, sabia y fuerte. Acompañó a Severo durante casi todas sus campañas militares, en las que mostró coraje y habilidad. Por ello recibió el título de **Mater Castrorum** (Madre de los Campamentos), que se había concedido a pocas mujeres. Fue una mujer admirada por los filósofos y cínicos, que veían en ella un ejemplo de virtud estoica. Su papel como mediadora entre Severo y el Senado fue fundamental para mantener la estabilidad del imperio.



Tras la muerte de su esposo en Britania en el 211, sus hijos compartieron el trono. Sin embargo, la rivalidad entre ellos se tornó violenta. Julia Domna trató de mediar entre Caracalla y Geta, sin éxito. Caracalla ordenó asesinar a su hermano en presencia de su madre. A pesar de ello, Julia decidió permanecer junto a su hijo, quizás por razones políticas o familiares. Acompañó a Caracalla en sus campañas y continuó desempeñando funciones administrativas de gran relevancia: respondía cartas oficiales, organizaba audiencias, recibía embajadores y coordinaba al funcionariado.

En el 217, Caracalla fue asesinado en una conjura en la que participaron altos oficiales. Julia Domna, enferma de un tumor, se enteró de la muerte de su hijo cuando se encontraba en Antioquía. Se negó a comer y murió poco después. Hay quien dice que se suicidó, otros que fue obligada por el nuevo emperador, Macrino. Su cuerpo fue trasladado a Roma y enterrado en el Mausoleo de Adriano, junto a su esposo. Su memoria fue restaurada posteriormente por su sobrino Heliogábalo.

Julia Domna fue una figura única en la historia del Imperio romano: filósofa, madre, política, Augusta y símbolo del poder femenino en un entorno dominado por hombres. Supo tejer redes, mantener el equilibrio institucional y sobrevivir entre conjuras, guerras y traiciones.

“Sangre de mi sangre. No puedo creerlo. El corazón no puede soportarlo. ¿Podría acaso haberlo evitado? ¿He sido una ingenua? ¿No he estado a la altura? Sangre de mi sangre. Estos ojos que me dieron aliento al verlos por vez primera se apagan sin remedio.”

Julia Domna



TEODORA

(497/500-548)



Teodora nació en el seno de una familia humilde. Su padre fue domador de osos en el hipódromo de Constantinopla, y su madre, bailarina. Tras la muerte del padre, su madre intentó asegurar el futuro de sus hijas en los espectáculos públicos, como era costumbre para las niñas de origen popular. Teodora comenzó a actuar de joven junto a sus hermanas y se hizo famosa por representar una escena en la que Leda era poseída por el dios Zeus en forma de cisne. Era una actuación erótica que implicaba el uso de granadas como representación del esperma divino. En aquella época, las actrices también eran prostitutas, y por ley estaban excluidas de la vida civil: no podían casarse con hombres de la élite ni hacer testamento.

Después de una temporada como amante de un gobernador de Libia que terminó repudiándola, Teodora viajó a Alejandría. Allí vivió con cristianos monofisitas, un grupo considerado herético por el poder bizantino, y se transformó profundamente. Regresó a Constantinopla con una nueva conciencia religiosa. Al volver, conoció a Justiniano, heredero del trono, quien quedó prendado de su belleza e inteligencia. Aunque por ley no podía casarse con una actriz, Justiniano logró cambiar esa legislación. En el 527 fueron coronados juntos: él como emperador, ella como Augusta.

Teodora se implicó activamente en el gobierno y en las decisiones políticas. Fue clave en la revuelta de Niká, cuando las masas se alzaron contra el poder. Justiniano quiso huir, pero fue ella quien lo disuadió con la famosa frase: “La púrpura es un buen sudario”. Su intervención fue decisiva para sofocar la rebelión. Además, impulsó leyes en favor de las mujeres: prohibió el tráfico de muchachas, fundó un convento para exprostitutas, y promovió reformas en el divorcio que protegían los bienes de las mujeres maltratadas.

Fiel a su fe monofisita, protegió a religiosos perseguidos, y logró que Justiniano moderara la persecución. A lo largo de su vida, utilizó su influencia para asegurar el poder de su familia, casar a sus sobrinas con miembros de la élite, y consolidar alianzas. Murió en el año 548, probablemente de cáncer. Justiniano la lloró profundamente. Fue enterrada en la iglesia de los Santos Apóstoles. Su rostro quedó immortalizado en los mosaicos de Rávena, en los que aparece majestuosa, rodeada de dignatarios.

Teodora desafió su destino con inteligencia, voluntad y fe. Ascendió desde los márgenes de la sociedad hasta la cúspide del poder, y dejó una huella imborrable en la historia de Bizancio y del papel de la mujer en el poder.



LEONOR DE AQUITANIA

(c. 1122-1204)



Leonor nació entre 1120 y 1124 en el extenso ducado de Aquitania, hija del duque Guillermo X y de Aenor de Châtellerauld. Su linaje incluía a Guillermo IX, llamado “El trovador”, lo que explica el gusto de Leonor por la poesía y la cultura. Tras la muerte de su padre durante una peregrinación, Leonor quedó bajo tutela del rey de Francia, Luis VI, quien organizó rápidamente su matrimonio con su hijo, Luis el Joven. La boda se celebró en Burdeos en 1137. Pocos días después, Luis VI murió y Leonor se convirtió en reina consorte de Francia. En París, Leonor, culta y refinada, chocó con la corte capeta, piadosa y austera. Su matrimonio con Luis VII fue tenso: ella buscaba intervenir políticamente, y su lengua materna (la lengua de oc) y sus costumbres chocaban con las de la corte.

Participó activamente en la Segunda Cruzada, lo que generó controversia, sobre todo tras los rumores de una relación inapropiada con su tío Raimundo de Poitiers. A su regreso, invocó el parentesco prohibido entre ella y Luis VII como motivo de nulidad matrimonial. En 1152, el matrimonio se disolvió.

Dos meses después, Leonor se casó con Enrique Plantagenet, duque de Normandía, quien sería rey de Inglaterra en 1154. Con él tuvo ocho hijos, entre ellos Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra. Aunque al principio actuaron como pareja política unida, con el tiempo surgieron tensiones, especialmente por las infidelidades de Enrique y las disputas por la sucesión. En 1173, Leonor apoyó la rebelión de sus hijos contra su esposo y fue encarcelada durante quince años.

Tras la muerte de Enrique II, fue liberada por su hijo Ricardo y actuó como regente durante sus ausencias. Viajó constantemente por Europa concertando alianzas, organizando bodas e incluso protegiendo los derechos de su hijo Juan. Murió en 1204 en Fontevraud. Su legado político, cultural y dinástico marcó profundamente la historia de Europa.

“Mi dignidad de duquesa, de reina, lleva mi mirada a la altura que merece, no menos.”

Leonor de Aquitania



ISABEL LA CATÓLICA

(1451-1504)

Isabel I de Castilla nació el 22 de abril de 1451 en Madrigal de las Altas Torres. Era hija del rey Juan II de Castilla y de Isabel de Portugal. A la muerte de su padre, la familia se trasladó a Arévalo, donde creció lejos de la corte. Su educación estuvo marcada por la religiosidad y la sobriedad. Con la muerte del príncipe Alfonso, su hermano, Isabel fue proclamada heredera en los Toros de Guisando en 1468, tras un pacto con Enrique IV. En 1469 contrajo matrimonio en secreto con Fernando de Aragón, desobedeciendo el acuerdo con su hermano.

Al morir Enrique IV en 1474, Isabel se autoproclamó reina de Castilla, lo que dio inicio a una guerra de sucesión contra Juana la Beltraneja, apoyada por Portugal. Durante la contienda, Isabel demostró liderazgo: organizó la logística militar, participó en negociaciones diplomáticas y apoyó activamente a su esposo en el frente. La guerra concluyó con la victoria isabelina en 1479. Ese mismo año, Fernando heredó Aragón y se consumó la unión dinástica de Castilla y Aragón.

El reinado de Isabel estuvo marcado por la unificación religiosa y territorial: en 1478 se instauró la Inquisición, y en 1492 se decretó la expulsión de los judíos. Ese mismo año culminó la toma de Granada, último bastión musulmán, y se firmaron las capitulaciones con Cristóbal Colón, quien partió rumbo a las Indias por patrocinio real. Isabel también promovió reformas judiciales, fundó instituciones educativas y fortaleció la autoridad real frente a la nobleza.

Su vida estuvo llena de tragedias personales: la muerte de sus hijos, la locura de Juana, la muerte prematura de su heredero Juan o la viudez de su hija Isabel. Aun así, hasta su muerte en 1504, Isabel se mantuvo como una figura de enorme poder y legitimidad. Su legado es complejo: unió reinos, expandió territorios y sentó las bases del Imperio español, pero también lo hizo bajo la bandera de la uniformidad religiosa y la persecución de la diferencia.





CRISTINA DE SUECIA

(1626-1689)



Cristina nació el 8 de diciembre de 1626 en Estocolmo, hija del rey Gustavo II Adolfo y de María Leonor de Hohenzollern. Al nacer fue confundida con un niño, y su educación fue diseñada como si lo fuera. Su padre murió en la batalla de Lützen cuando ella tenía seis años, lo que la convirtió en reina heredera. El Consejo de Regencia, liderado por el canciller Axel Oxenstierna, gobernó hasta que Cristina alcanzó la mayoría de edad. Recibió una educación humanista, renacentista y multilingüe. Con dieciocho años comenzó a reinar. Se rodeó de una corte francesa y de personajes excéntricos, lo que causó fricciones con la nobleza sueca. Mantuvo una relación tensa con Oxenstierna, a quien quería apartar del poder.

Favoreció artistas, intelectuales y cortesanos sin méritos, como Magnus de la Gardie o Ebba Sparr, a la que llamaba “Belle”. Invitó a René Descartes a Suecia, pero cuando este llegó, perdió el interés. El filósofo murió poco después, enfermo por el clima y las exigencias del protocolo.

Cristina mostró desde joven rechazo a casarse o tener hijos. Su primo Carlos Gustavo deseaba casarse con ella, pero ella nunca lo permitió. En 1654 abdicó en él, alegando motivos de salud. Poco después se convirtió al catolicismo en secreto y se instaló en Roma. Allí fue recibida como una figura política y cultural notable, pero también escandalosa por su estilo de vida, su independencia y sus rumores sobre relaciones afectivas no normativas. Cristina murió en 1689 y fue enterrada en la basílica de San Pedro, un honor reservado a pocos no pontífices.

Cristina de Suecia fue una reina distinta, que desafió las normas de su tiempo. Intelectual, indómita y excéntrica, su figura encarna una forma de ejercer el poder desde la disidencia, la ambigüedad de género y la pasión por el conocimiento.

“Cuando me percaté de que no va a hacerlo, respiro y pienso una última vez en el gran paso que estoy dando, en la lucha interior que llevo librando durante años, en las posibilidades que están por venir.”

Cristina de Suecia



CATALINA LA GRANDE

(1729-1796)

Catalina nació en 1729 como Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst, en Stettin (actual Polonia). Su madre, Johanna Isabel, mantuvo una relación cercana con la emperatriz Isabel I de Rusia, lo que facilitó que Sofía fuera elegida para casarse con el heredero, Pedro Ulrico. En 1744 se convirtió al cristianismo ortodoxo bajo el nombre de Catalina, y un año después se casó con Pedro. Desde el inicio, la relación fue complicada. Pedro era inseguro, enfermizo, inmaduro, y su falta de conexión con Rusia contrastaba con el empeño de Catalina por adaptarse. Catalina cultivó una imagen de obediencia y devoción mientras crecía su descontento con su esposo. En paralelo, se sumergió en la lectura de autores ilustrados y en el estudio de la cultura rusa.



Su vida personal fue agitada: tuvo varios embarazos, uno de los cuales dio lugar al nacimiento de Pablo en 1754, aunque su maternidad fue rápidamente intervenida por la emperatriz Isabel, quien apartó al bebé. En 1762, Pedro III accedió al trono, pero sus reformas impopulares, su alineación con Prusia y sus desplantes públicos hacia Catalina erosionaron su apoyo.

Catalina, respaldada por la guardia y la Iglesia, organizó un golpe de Estado. El 28 de junio de 1762 fue proclamada emperatriz. Pedro III abdicó y murió pocos días después en circunstancias sospechosas. Catalina consolidó el poder con inteligencia y pragmatismo. Aunque empezó su reinado con ideales ilustrados, pronto se dio cuenta de las dificultades para implementarlos en un imperio tan extenso y diverso. Pese a ello, impulsó reformas educativas, fundó hospitales y se vacunó públicamente contra la viruela.

Su política exterior fue ambiciosa: expandió el Imperio ruso hacia el sur y el oeste, influyendo en Polonia, Crimea y el mar Negro. Su apoyo a Stanislaus Poniatowski como rey de Polonia fortaleció su control regional. Internamente, reforzó el poder de la monarquía, reorganizó la administración provincial e impuso el Nakaz, un intento de reforma legal basado en los ideales ilustrados. No obstante, también reprimió rebeliones como la de Pugachov y mantuvo la servidumbre.

Catalina fue mecenas de las artes y reunió una de las colecciones más importantes de Europa. Correspondió con Voltaire y Diderot, y promovió el despotismo ilustrado. Murió en 1796, dejando un legado de poder, contradicciones y modernización que marcaron la historia rusa.



MARÍA ANTONIETA

(1755-1793)



Nacida en 1755 como María Antonia de Habsburgo, era la decimoquinta hija de María Teresa de Austria. Fue educada con una formación limitada, y en 1770 fue enviada a Francia para casarse con Luis Augusto, delfín y futuro Luis XVI. Al llegar, se transformó en María Antonieta, delfina de Francia. Su boda fue celebrada con gran pompa, pero la relación con su esposo fue distante al principio, lo que generó críticas y rumores sobre su fertilidad.

En Versalles, se refugió en un círculo íntimo, alejado del protocolo, y encontró libertad en el Petit Trianon, su residencia privada. Introdujo una moda más natural con la robe à la reine y desarrolló un gusto costoso por la moda, el teatro y la decoración. Su cercanía con la condesa Polignac generó enemistades, y su estilo de vida fue blanco de la propaganda hostil. En 1785 se vio involucrada en el escándalo del collar, que, aunque no fue responsabilidad suya, dañó aún más su imagen.

La situación en Francia se deterioraba. La crisis económica, las malas cosechas y la desigualdad social creaban un clima propicio para el estallido. La monarquía no supo gestionar la situación. En 1789 estalló la Revolución. La familia real fue trasladada a París y, tras un intento fallido de fuga en 1791, su suerte quedó sellada. Luis XVI fue ejecutado en enero de 1793. María Antonieta, ahora prisionera número 280, fue trasladada a la Conciergerie.

Durante su juicio, fue acusada de traición y de abusar de su hijo. Aunque se defendió con dignidad, fue condenada sin pruebas. El 16 de octubre de 1793 fue ejecutada en la guillotina. Su figura pasó de símbolo del lujo y el exceso a mártir trágica. María Antonieta sigue siendo una de las reinas más estudiadas y debatidas de la historia europea.

“No tengo fuerza, pero si un ápice de dignidad me queda, ese va a ser el de madre. Apelo a ellas con determinación. Con pocas palabras, exijo que vean a la mujer que se esconde en la demacración, el luto, la enfermedad, la cuchilla que me aguarda.”

María Antonieta

SISI

(1837-1898)

Isabel Amalia Eugenia de Wittelsbach, conocida como Sisi, nació en 1837 en Múnich. Fue criada en un ambiente liberal para la nobleza, con una infancia marcada por la naturaleza y la libertad. En 1853, el emperador Francisco José de Austria, primo suyo, se fijó en ella en lugar de su hermana mayor, Nené. Se casaron en 1854, y desde el principio, Sisi se sintió atrapada por la rígida corte vienesa y la figura dominante de su suegra, la archiduquesa Sofía.

Sufría anorexia, pasaba horas en el cuidado de su cabello, y se obsesionó con la delgadez y el ejercicio. La pérdida de su hija Sofía en Hungría la marcó profundamente. Encontró refugio en esa nación, con la que forjó un fuerte vínculo. Su intervención fue clave en la creación del Imperio austrohúngaro en 1867. Vivió rodeada de húngaros de confianza, como Ida Ferenczy, y viajó sin cesar por Europa y Oriente Medio, acompañada de su séquito.

Tras el suicidio de su hijo Rodolfo en Mayerling en 1889, Sisi se sumió en el luto. Solo vestía de negro y dejó de escribir poesía. Adoptó el espiritismo y desarrolló un interés creciente por la salud mental. Continuó viajando, siempre huyendo. En 1898, mientras paseaba por Ginebra, un anarquista italiano la apuñaló con una lima. Murió pocas horas después.

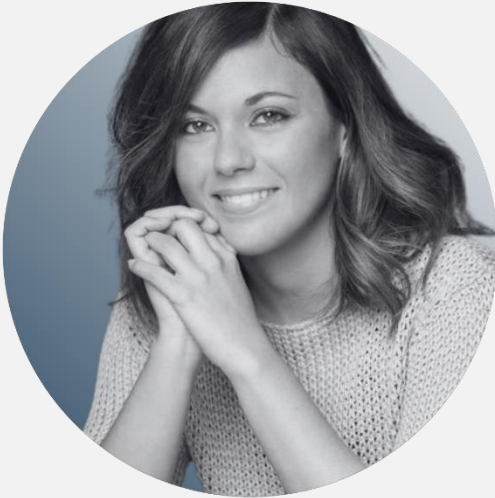
Sisi fue una mujer compleja, melancólica y rebelde. Icono de belleza y símbolo trágico, su vida fue un constante choque entre libertad personal y deber imperial.



“El mundo que temo y admiro oscurece al sol de esta tarde de septiembre sobre el lago Lemán. Quizá, después de todo, era aquí donde deseaba llegar.”

Sisi

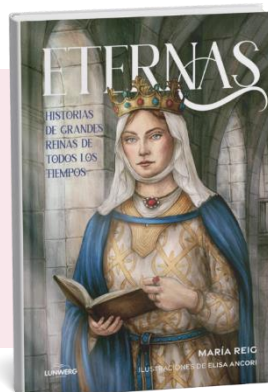
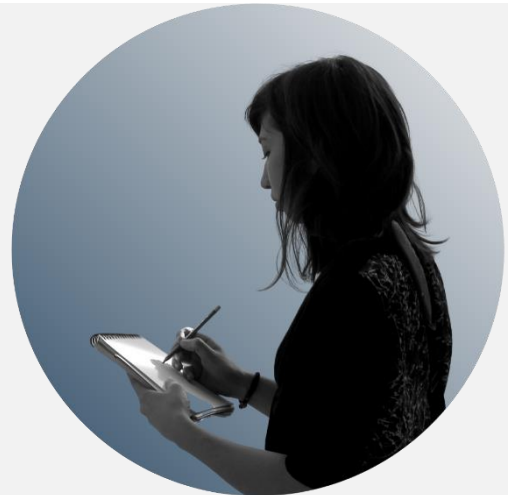
LA AUTORA: MARÍA REIG



María Reig (Barcelona, 1992) estudió Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid y un Máster en Dirección de Comunicación Corporativa en EAE Business School. En 2018, decidió autopublicarse su primera novela, *Papel y tinta*. Desarrolló una campaña de crowdfunding para financiar el plan de marketing y comunicación que había diseñado para el lanzamiento y, en menos de 24 horas, logró el objetivo de recaudación. El éxito de la campaña le abrió las puertas del mundo editorial y de la novela histórica. *Papel y tinta* llegó a las librerías en enero de 2019. Desde entonces, ha publicado otras tres novelas, *Una promesa de juventud* (2020), *Los mil nombres de la libertad* (2022) y *Sonó un violín en París* (2025), y ha vendido, en conjunto, más de 100.000 ejemplares.

LA ILUSTRADORA: EISA ANCORI

Elisa Ancori es una ilustradora y artista visual nacida en Barcelona, licenciada en Bellas Artes por la Universidad de Barcelona y especializada en ilustración, arte textil y diseño gráfico. Su universo creativo, marcado por un estilo onírico, simbólico y poético, ha dado forma a proyectos editoriales, como *Madre Luna* (Lunwerg, 2019), de la que es autora e ilustradora, y *Dos años, ocho meses y veintiocho noches* de Salman Rushdie (Planeta, 2015), ilustrando su portada. Su obra ha sido expuesta en galerías y ferias de arte en España, Francia, Alemania y Marruecos, y combina su trabajo artístico con proyectos de ilustración editorial, muralismo y formación. También es cofundadora de Makara Estudio, un espacio de creación e investigación visual.



ETERNAS

María Reig, Elisa Ancori

Lunwerg Editores. 2025.

16.5 x 22.5 cm. // 60 páginas

Tapa dura sin s/cub. (cartoné).

PVP c/IVA: 21.95 €

A la venta desde el 3 de septiembre de 2025

MÁS INFORMACIÓN PARA PRENSA E IMÁGENES:

Lola Escudero - Directora de Comunicación de Lunwerg

Tel.: 619 212 722 – lescudero@planeta.es